

Prefacio para una política de la escritura

Silvana Vignale¹

Resumen

Hemos trabajado aquí en un prefacio para una política de la escritura. Un prefacio, en cuanto preanuncio de lo que finalmente llegará en otro tiempo, como el gesto mismo de quien escribe. Abordaremos la escritura mediante su relación con una política de la experiencia y los procesos de subjetivación, colocándola en las antípodas de los planes que buscan trazar de modo anticipado su recorrido, y en tal sentido, a partir de otra relación con la verdad. Si la escritura puede pensarse bajo la metáfora del paseo, es porque en lugar de pretender encontrar, busca perderse. Su sociedad con un pensamiento que surge de los afectos, constata la proximidad entre sujeto y objeto, y muestra cómo nos volvemos disponibles a las cosas, es decir, cómo es que - cuando escribimos- no nos mueve un mero afán de conocimiento, sino una relación ética con aquello que se nos presenta bajo la forma del llamado. La escritura proviene de una crisis, de una conmoción, de un dolor, del grito, del balbucear, de la incertidumbre, de lo desconocido. El tránsito es peligroso, en cuanto nos arriesga a nosotros mismos.

¹ Doctora en Filosofía. Investigadora Adjunta en el INCIHUSA CCT CONICET Mendoza. Contacto: svignale@mendoza-conicet.gob.ar

Escribir es siempre un merodeo. Si se escribiera únicamente con afán de verdad, la escritura resultante sería de carácter policíaco: nos señalaría ahí, pidiendo nuestra identificación y levantando prontuarios. “Si tuviera que escribir un libro para comunicar lo que ya pienso antes de comenzar a escribir, nunca tendría el valor de emprenderlo. Sólo lo escribo porque todavía no sé exactamente qué pensar de eso que me gustaría tanto pensar”, dice Foucault.² Escribir se parece a *cortear*: nos atrae un pensamiento que no es *nuestro*, o en todo caso, no lo es en términos de propiedad. Pero además Foucault dice: “De modo que el libro me transforma y transforma lo que pienso”.³ Como si efectivamente la escritura se encontrara asociada más a la *experiencia* que a la *verdad*.

En todo caso, podría decirse que se trata más bien de *otra relación con la verdad*: no de aquella verdad que recae sobre nosotros con el peso de la pretensión de objetividad y universalidad, sino de la que nos procuramos a nosotros mismos para subjetivarnos. Si el conocimiento es el trabajo que permite abordar los objetos cognoscibles, desarrollar su inteligibilidad, comprenderlos, sin dejar de mantener la fijeza del sujeto que indaga; el saber, por su parte, es el proceso por el cual el sujeto sufre una modificación en sí mismo por aquello que conoce. Si bien esta última relación con la verdad no tiene un valor objetivo, nos permite plantear problemas, ejercer una función crítica, que no busca tanto conocer las posibilidades y límites del conocimiento de los objetos, sino las posibilidades indefinidas de transformación subjetiva. Hablamos de una política de la escritura, puesto que no se trata solamente de una experiencia singular, sino de la experiencia de una trama con otras escrituras. No escribimos simplemente para comunicar algo, para “sacar afuera” algo que se encuentra en un inverosímil “adentro”. Escribimos para producir semejanzas, provocar contigüidades, producir afectos y encuentros, para trazar puentes, para perder los rostros. Es por eso que un escrito nunca habla de lo que sabe bien, ni de lo que es lícito hablar. Sino de aquello que siempre está por ser dicho, *por venir*: La escritura manifiesta ese gesto de lo que no acaba de decirse.

Es una de las formas mismas de la experiencia. Benjamin la encuentra asociada a la facultad mimética: la experiencia es *el don de percibir y la capacidad de producir semejanzas*.⁴ Así es como todo arte consume su trabajo: asocia un olor a un sonido, o una imagen a alguna palabra, los pone juntos allí donde sólo hay diferencias, en la constatación de una familiaridad, tal como la propia tarea que tiene el lenguaje de designar nombres. Es dar encuentro a lo diferente. *Juntos*, como aquello que se toma *junto* al café de la mañana: “Y junto con el café de la mañana tomas

2 FOUCAULT, Michel. “El libro como experiencia”. En: *La inquietud por la verdad; escritos sobre la sexualidad y el sujeto*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 33.

3 *Ídem*.

4 Cfr. BENJAMIN, Walter. “Sobre la facultad mimética”. En: *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata, Terramar, 2007, p. 109. En este artículo Benjamin presenta el lenguaje como un grado elevado de la facultad mimética, y donde la escritura se ha convertido en un archivo de semejanzas no sensibles, de correspondencias inmatrimales.

quien sabe cuántas cosas: tomas toda la mañana, la mañana de este día y a veces también la mañana perdida de la vida”.⁵

Si el pensamiento filosófico, y con él, la escritura filosófica –sobre todo aquella que insiste en seguir amoldándose a los *corsets* de la academia– ha buscado orientarse en el pensamiento, edificando planes de escrituras, levantando los edificios de la argumentación deductiva, una política de la experiencia –la que aquí pensamos– ofrece a la escritura más bien el ejercicio de *perderse*. Tal como en el juego de La Maga y Oliveira por las calles de París,⁶ o del mismo Benjamin cuando dice: “Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en un bosque, requiere de aprendizaje”.⁷ Porque el aprendizaje de perderse revela por fin un arte o un saber sobre el encuentro. No es buscando que se encuentra, sino entregándose a la propia certeza de que nos encontramos de paso, en un devenir. El paseo puede pensarse como metáfora de la forma misma de la experiencia, caracterizada por la ausencia de intencionalidad y proyecto que sí constituyen a aquél plan arquitectónico de la escritura académica. Como lo señala Morey: el paseo, como metáfora de la experiencia, se propone como método para una experiencia de lo real –aunque mejor podríamos decir como estrategia–, como cierto régimen de relación de uno con uno mismo.⁸ Tiene por fin constituir cierto *ethos*, que supone cierta atención al pasar de lo que pasa. De modo que no se trata aquí de pensar en una escritura que tenga por objetivo dar cuenta de lo dicho, ni de lo por decir, de acuerdo a un plan trazado con anterioridad, sino de esa sola posibilidad de mostrarse transitoria, ignorante, efecto del propio devenir de un pensamiento que corteja algunas ideas. Nos referimos a la emergencia de un pensamiento que busca tensionarse con aquello que no ha pensado y que se reta a sí mismo para su transformación. “¿Qué sería del porvenir si la decisión fuese programable y si el azar, si la incertidumbre, si la certidumbre *inestable*, si la inseguridad del <<quizá>> no quedase suspendida a la apertura de lo que viene, en el mismo acontecimiento, en él y con el corazón en la mano?”⁹ Mientras aquél modelo arquitectónico, cuyo peso recae en el resultado, ha buscado la sumisión de la experiencia, una política de la escritura como experiencia propone restituir el valor de ésta, en cuanto lo que importa es el *medio* o la *mitad*: ese lugar que nunca atañe a los comienzos o los finales, y mucho menos a los destinos. Porque la escritura no debiera nunca buscar un destino, sino afirmar un tránsito *hacia*.

Por eso esta noción de “experiencia” no puede quedar asociada a la noción kantiana de “experiencia”, en la que el sujeto permanece indemne respecto del objeto y en cuanto toda forma *a priori* sólo nos conduce a no poder encontrar más que lo que nosotros mismos hemos puesto,

5 BENJAMIN, Walter. *Cuadros de un pensamiento*. Imago Mundi, 1992, p. 87. Cit. por Pellerano, Ruth. En: *Capas o el modo de atravesar experiencias*. Límite, Revista de filosofía y psicología. Vol 3, nº 18, 2008, pp. 5-19.

6 “Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”. CORTÁZAR, Julio. *Rayuela*. Buenos Aires, Alfaguara, 2004, p. 14.

7 BENJAMIN, Walter. *Dirección única*. Madrid, Alfaguara, 1987, p. 15.

8 MOREY, Miguel. *Kantspromenade. Invitación a la lectura de Walter Benjamin*. Barcelona, La Central, 2004, p.1.

9 DERRIDA, Jacques. *Políticas de la amistad*. Madrid, Trotta, 1998, p. 46.

de acuerdo a la estructura de la facultad de conocer. Por el contrario, esta noción de experiencia no se levanta sobre aquella distancia entre sujeto y objeto. Las fronteras se desdibujan: el objeto “se nos viene encima”, interpelándonos en la propia vida, nos reclama, preguntándonos “¿qué quiere de mí?”, “¿qué espera de mí?”. La escritura sucede *entre* sujeto y objeto. No es, por lo tanto, sólo un producto de una intencionalidad subjetiva, sino aquello que transforma la subjetividad. Tampoco es encontrar algo que antes hubiésemos escondido, sino un encuentro con lo diferente. Si pasear es romper con la posibilidad del proyecto, es porque en él se busca lo que no se espera “se sale al encuentro de aquello que sólo cuando se encuentra se sabe que se estaba buscando”.¹⁰

Toda escritura se produce *entre* escrituras, de modo que no puede ser ceñida a una escritura personal, que pretende una potestad sobre la palabra (una escritura es mía, propia, personal, me pertenece). Sino que, en todo caso, señala un vínculo entre nosotros y la palabra, no del orden de la propiedad, sino del de la positividad, de la producción, de la creación. ¿La creación de qué? De sí mismo: una escritura es subjetiva no en cuanto lleva el sello personal de su autor (y que en tanto tal la hace “reconocible” por otros), sino cuando es esa escritura la que produce, forma y transforma una subjetividad en nosotros mismos.

Decíamos recién de la relación de sí consigo, en un método general del paseo, que va a contrapelo de las figuras de la subjetividad ancladas en la escisión sujeto-objeto. Puesto que supone, no solamente que el sujeto no es anterior a su propio devenir, sino que se constituye en la relación y en las prácticas de sí consigo, entre las cuales se encuentra la escritura, y no exclusivamente a través de las ciencias y los poderes que fijan las identidades. Si se trata de una escritura como experiencia, significa que en su horizonte no se halla la pretensión de verdad –lo que no quita que sus afirmaciones puedan ser validadas–, sino las condiciones de su emergencia vital. Escribir no pretende ser la actividad por medio de la cual postulamos verdades o buscamos demostrarlas por fuera de nuestras propias inquietudes. En todo caso, funciona –tanto para quien escribe, como para quienes leen– como una interpelación a la propia subjetividad, una invitación, una llamada que se constituye en cuanto hay alguien que se ha vuelto disponible a ella. Para una comunidad, como aquella de la que habla Derrida, una comunidad en formación que atiende el llamado, una comunidad anacorética de aquellos que “*no aman más que separándose a lo lejos*”,¹¹ puesto que lo que nos reúne no es el espacio o el tiempo, sino esta singular *militancia* de una escritura que no busca la verdad sino el encuentro con aquello que nos inquieta. “Llamada que se constituye en cuanto hay alguien que se ha vuelto disponible a ella”, decíamos. Porque la responsabilidad consiste tanto en llamar como en responder a la llamada.¹² Pero no sólo de los otros. La escritura como experiencia sospecha de un vínculo subjetivo entre nosotros y aquello sobre lo que escribimos, traducible también a un llamado de las cosas, que nos convocan a pensarlas, a

¹⁰ MOREY, Miguel. *Kantspromenade. Invitación a la lectura de Walter Benjamin*. Barcelona, La Central, 2004, p. 8.

¹¹ DERRIDA, Jacques. *Políticas de la amistad*. Madrid, Trotta, 1998, p. 53.

¹² *Ídem*, p. 59.

estudiarlas, a quererlas, a aproximarnos. Queda allí, expuesta, una relación que es relativa a la propia vida. No como escritura *personal* –entiéndase en términos de autoría–, sino en cuanto en toda escritura hay una huella de una existencia singular. Nos referimos a una *cierta actitud* respecto de lo que *se vuelve* nuestro objeto de estudio, de investigación y de escritura, que no elude el propio *ethos* o modo de relacionarnos con nosotros mismos, con los otros y con el mundo. Cierta *disponibilidad* respecto de las cosas, noción que señala no sólo el plano cognitivo, sino el plano ético en la relación que mantenemos con aquello sobre lo cual escribimos. A contrapelo de la distancia sujeto-objeto moderna, y de su pretensión de objetividad, la disponibilidad supone una zona de indiscernibilidad entre quien se dispone y la interpelación de las cosas. Es una frontera, que como toda frontera no sólo indica una separación cuanto una vecindad, un espacio común en el que se habita. No buscamos conocer sino aquello que nos interpela en la propia vida. Las cosas nos llaman. La responsabilidad no radica sólo en llamar, sino en responder al llamado.¹³

Hasta aquí hemos hablado de otra relación con la verdad, y de una política de la escritura vinculada a los procesos de subjetivación. Desde este punto de vista, no es necesario preocuparse por las condiciones de emergencia del sentido, sino de las condiciones de *modificación e interrupción del sentido*. Hablamos cuando el sentido desaparece en favor de algo diferente. No porque no pueda encontrarse sentido a la escritura, sino porque funciona para intervenir la propia subjetividad, para provocar una ruptura en el aparente curso lineal del pensamiento: el pensamiento no es aquello que persigue la línea, no busca tampoco su rectitud, no se asemeja a la distancia entre dos puntos. En todo caso se derrama en un plano o en diversos planos. Así, la escritura debe multiplicar las voces, “ser bilingües incluso en una sola lengua”,¹⁴ hablar *la propia lengua como un extranjero*. Tal vez esa extranjeridad en la propia escritura no revele sino la distancia que nos permite tomar de nosotros mismos: es por la escritura que nos volvemos otros de los que somos. Que en lugar de encontrarnos a nosotros mismos, nos perdemos. Toda escritura pone en tensión la identidad. En la Introducción a *La arqueología del saber*, Foucault imagina las objeciones de un lector crítico de su libro, que lo increpa cuestionándole el no estar seguro de lo que dice, y de desplazarse en relación con las preguntas que se le hacen, a lo que él respondería:

“- ¡Cómo! ¿Se imaginan ustedes que me tomaría el trabajo y tanto placer al escribir, y creen que me obstinaría, si no preparara -con mano un tanto febril- el laberinto por el que aventurarme, con mi propósito por delante, abriéndole subterráneos, sepultándolo lejos de sí mismo, buscándole desplomes que resuman y deformen su recorrido, laberinto donde perderme y aparecer finalmente a unos ojos que jamás

13 Acerca de la noción de “disponibilidad” Cfr. VIGNALE, S. “Disponibilidad y expectativa. Conceptos para una ampliación metodológica en investigaciones filosóficas”. En: *Revista Perspectivas Metodológicas*. Publicación de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica y del Centro de Investigaciones en Teorías y Prácticas Científicas de la UNLA. Año 13 – Nro. 13 – Noviembre de 2013. ISSN 1666-3055. Pp. 35-44.

14 DELEUZE, Gilles y Claire Parnet. *Diálogos*. Valencia, Pretextos, 1980, p. 9.

volveré a encontrar? Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir”.¹⁵

Perder el rostro que es una de las formas de la subjetivación. Por medio de la escritura arriesgamos nuestra deformación como sujetos, en cuanto toda formación de sí mismo se hace en desobediencia a los principios según los cuales se ha constituido nuestra identidad. Y esa desobediencia, esa pérdida del rostro, constituye el *peligro* de toda experiencia: deshacerse de la identidad personal, pero no sin dejar de mantener el juego de las fuerzas que nos constituyen.

Toda vez que se piensa en la escritura, terminamos asociándola, indefectiblemente, con el pensamiento. Ahora bien: también se reproduce aquella imagen a partir de la cual la escritura, como el pensamiento, procederían de la “buena voluntad” y de la “libertad”. “Libertad y voluntad de pensamiento”: semejante a la invención del sujeto indemne frente al objeto de conocimiento, es esta imagen la que busca *hacernos creer* que pensamos *lo que queremos* pensar y *porque lo queremos* pensar. ¿Y qué si, en lugar de la libertad de pensamiento y de la buena voluntad, descubriésemos que sólo pensamos y escribimos no sobre lo que queremos o sobre lo que elegimos, sino ahí donde algo duele, donde algo grita, donde algo goza?, ¿donde no puede decirse “yo”, “mío”, “propio”? ¿Ahí, en el desborde de lo previsible y de lo anticipable, siempre donde no podemos decir “lo que es” –bajo la forma de la identidad– o “lo que será” –bajo la forma del decreto, o del proyecto, como de la promesa–?

No escribimos para pronunciar una verdad, sino que escribimos como efecto de una verdad que nos ha pronunciado: que nos ha llamado, o, mejor, *con-vocado*: *con una verdad hemos quedado nombradas, juntas, como dos gritos del mismo asombro*. La escritura es *encuentro*: la afirmación de una idea que se ha vuelto próxima a un afecto, a un devenir *en la vida que atravesamos*. El pensamiento no procede sino por crisis, por conmociones. *Conmoción*: agitación o inquietud del ánimo; estremecimiento, alteración. Todo en el pensamiento (y luego en la escritura –aunque este “luego” sea del todo retórico y no indique una relación de sucesión o de causalidad–) tiene que ver con cuestiones de intensidades y resonancias. Un pensamiento profundo, un pensamiento abismal, surge a partir de una “tonalidad” del alma,¹⁶ es decir, a partir de una *fluctuación de intensidad*: variaciones del alma, si puede decirse de tal forma, momentos de alza y desplome de los afectos. Es desde esa conmoción, desde esa tonalidad del alma, desde donde se desprende el pensamiento. Como efecto de los *afectos*: en su *proximidad sensible*. La escritura no espera ser “comprendida”, sino resonar o encontrar ecos, repicar en otros lados, yuxtaponer los colores en las telas...

¹⁵ FOUCAULT, Michel. *La Arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 28-29.

¹⁶ Crf. KLOSSOWSKI, Pierre. *Nietzsche y el círculo vicioso*. La Plata, Terramar, 2005, p. 67, a propósito del origen del pensamiento del eterno retorno en Nietzsche.

Así como para Spinoza lo que puede un cuerpo depende de las maneras en que ese cuerpo puede ser afectado, parafraseándolo, podemos preguntarnos ¿qué somos capaces de escribir? Nadie sabe de lo que la escritura es capaz. En la escritura no se trata de progresos, sino de sacudidas; no de verdad, sino de afectos; no se trata de comprender ni de encontrar el sentido, sino de multiplicar los llamados y las modificaciones e interrupciones del sentido; no de demostrar, sino de descubrir el mismo plano ontológico que nos reúne con aquello que nos llama; no se trata de la identidad del autor, sino de la desujeción de nuestros rostros. La escritura es un camino sinuoso, aunque sabemos bien: no existen los caminos.

De forma que escribir es un merodeo relativo a volvernos disponibles al grito, al gozo, al dolor, al balbuceo que nos reclama un nombre. Porque, como hemos dicho a lo largo de este escrito, no es ésta, desde una política de la experiencia, una escritura personal, susceptible de ser adjetivada como “mía”. Sino que más bien se encuentra en las antípodas de una escritura policíaca, que busca la fijeza de una identidad. Y si atendemos a que “el nombre propio no designa a un individuo: al contrario, un individuo sólo adquiere su verdadero nombre propio cuando se abre a las multiplicidades que lo atraviesan totalmente, tras el más severo ejercicio de despersonalización”...¹⁷ ¿Quién ha escrito aquí? Pueden rastrear, en la firma que sucede al título de este ensayo y que antecede a estas palabras que ahora leen, un nombre –uno que las policías de la identidad y de la escritura insisten en nombrar como mío, que insisten en designarle una historia, en legitimarlo mediante un breve *curriculum vitae*– que no es *propio*. No lo es en cuanto no expresa las multitudes de esta escritura, los atravesamientos, los encuentros, los *otros* nombres propios a partir de los cuales ella ha sido posible, las *otras* escrituras gracias a las que ésta *ha devenido...* y gracias a las cuales, somos llamadas.

En tal caso, el verdadero nombre propio con el que ahora podemos ser llamadas, es una voz surgida de este singular encuentro con vuestra mirada.

¿Para qué escribir entonces? Para ser otros. Para que la gestualidad de la letra dé cuerpo a un abismo en sí mismos. Un abismo que no es fondo, que no es una interioridad a conocer, sino un espacio que fundar. Lo profundo que nos habite será la relación que tenemos con el instante. Una intensidad en la relación de sí consigo. Un aprender a ver las cosas de otro modo, un dejar que las cosas se nos acerquen. Ser parte de la comunidad de los amigos de la distancia, aquellos que aman alejándose, que no aman más que separándose a lo lejos. Que forman parte de esa comunidad imposible, la de los amigos de la soledad. Escribir, entonces, para abismarse.

Escribir para hacer resbalar al papel la palabra que quedó pendida de los labios, que se alarga como lazo, dado que siempre se es el lazo que se teje. Aunque los pensamientos se encuentren a medio vestir o con ropas prestadas. Encontrarlos *in fraganti*, sorprenderlos. Y dejarlos. Que no es

17 DELEUZE, Gilles y Félix Guattari. *Mil Mesetas*. Valencia, Pretextos, 2006, p. 43.

abandonarlos. Es cierto que a veces el verbo parece un impulso que patea al vacío. Pero no hay vacío sino esto que vamos haciendo de nosotros mismos. El alma al borde de los labios, entonces.

Escribir para comprender que no sólo decimos algo por su contenido, sino que éste se asocia caprichosamente a una manera de decir. Saber que estamos hechos de nuestras palabras y que el pensamiento –como la vida– nos atraviesa, que las preguntas nos interpelan a no asumir la triste conformidad de placeres y dolores a medias, la estática comodidad de aceptar sin más lo dado. Y para saber que la palabra que por pereza llamamos propia no es sino azar, tejido, encuentros, “entres”. Siempre de otro o para otro. O con otro. E independizarnos del impulso liberal de hacer de ella también objeto de la propiedad privada. Así, cuestionando el pronombre posesivo, discutir también el pronombre personal; “¿pero soy *yo* quien escribe?”. En la frontera, entonces, entre lo que somos y lo que decimos.

Escribir para escucharnos a nosotros mismos y narrarnos. Y entender que la confianza en las palabras no es confianza porque ellas estén fijas en significaciones, sino que es confianza porque ellas son productoras de diferencia. Escribir sin buscar transparencias, ni razones, sin esperar que el sentido surja de la concatenación lineal y *bienpensada* de las frases. No querer comprenderlo todo. Escribir para desatar el discurso de una verdad sobre nosotros mismos. Aprender a ser nuestros propios jueces, después de habernos dado la propia ley. Ser extranjero, entonces, en la propia lengua y un creador de verdades para sí mismo.

Escribir para devolverle el cuerpo al pensamiento, en la materialidad de la letra. Pero también devolver el desplazado, olvidado y degradado cuerpo al espíritu. No ser más sombras que buscan un cuerpo, sino un cuerpo/palabra, un cuerpo/otro, un cuerpo/alma. Cuerpos que unen lo eternamente separado, las palabras y las cosas. Escribir para transitar el *peligroso quizá*. Comprender que somos seres de paso, en tránsito, que vinimos a ser otros. Entonces, una política de la verdad, una ética de la experiencia y una estética del paseo.

Escribir, entonces, para saber cómo *se llega a ser otros los que somos*.

REFERENCIAS

- BENJAMIN, Walter (1987). *Dirección única*. Madrid, Alfaguara.
– (2007). “Sobre la facultad mimética”. En: *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata, Terramar
- CORTÁZAR, Julio (2004). *Rayuela*. Buenos Aires, Alfaguara.
- DELEUZE, Gilles y Claire Parnet (1980). *Diálogos*. Valencia, Pretextos.
- DELEUZE, Gilles y Félix Guattari (2006). *Mil Mesetas*. Valencia, Pretextos.
- DERRIDA, Jacques (1998). *Políticas de la amistad*. Madrid, Trotta.
- FOUCAULT, Michel (2004). *La Arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
– (2013). “El libro como experiencia”. En: *La inquietud por la verdad; escritos sobre la sexualidad y el sujeto*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- KLOSSOWSKI, Pierre (2005). *Nietzsche y el círculo vicioso*. La Plata, Terramar.
- MOREY, Miguel (2004). *Kantspromenade. Invitación a la lectura de Walter Benjamin*. Barcelona, La Central.
- PELLERANO, Ruth. En: *Capas o el modo de atravesar experiencias*. Límite, Revista de filosofía y psicología. Vol 3, nº 18, 2008.

VIGNALE, S. “Disponibilidad y expectativa. Conceptos para una ampliación metodológica en investigaciones filosóficas”. En: *Revista Perspectivas Metodológicas*. Publicación de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica y del Centro de Investigaciones en Teorías y Prácticas Científicas de la UNLA. Año 13 – Nro. 13 – Noviembre de 2013. ISSN 1666-3055. Pp. 35-44.